

“Narrar la desaparición, escribir en la (sobre)vida. Una aproximación a las múltiples formas de significar la experiencia límite del Centro Clandestino de Detención”

Julieta Lampasona¹

Resumen

El proceso de transición democrática abierto tras la última dictadura militar fue escenario de múltiples pujas en la construcción de memorias sobre la violencia vivida. Desde entonces, observamos diferentes momentos en la construcción del relato: si durante los ´80 se buscaba conocer ese modo de hacer sistemático y clandestino y la figura de la víctima adquiría centralidad, desde mediados de los ´90 la militancia política comenzó cobrar relevancia.

Estos momentos fueron conformando condiciones sociales diferenciales para la escucha de los sobrevivientes de los Centros Clandestinos de Detención (CCD), conformando así regímenes de visibilidad/invisibilidad, audibilidad/inaudibilidad de sus relatos. Ahora bien, ¿de qué manera esos diferentes momentos y narrativas sociales permearon y permean esos relatos? En el presente trabajo, problematizaremos estas construcciones discursivas desde la (sobre)vida y sus reconfiguraciones en el tiempo; para ello, nos centraremos en dos producciones testimoniales elaboradas en estos momentos históricos diferentes –“Preso sin nombre, celda sin número” (Timerman, 1980/1981) y “Ese infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA” (Actis, et. al., 2001)- para pensar, en cada caso, los contextos particulares que les dieron forma y las narrativas construidas en torno a la experiencia de la desaparición y posterior sobrevida.

¹ Becaria doctoral del CONICET. Área de Conflicto y Cambio Social, Instituto de Investigaciones Gino Germani, FSOC / UBA. Doctoranda en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

“Narrar la desaparición, escribir en la (sobre)vida. Una aproximación a las múltiples formas de significar la experiencia límite del Centro Clandestino de Detención”

Introducción

El proceso de transición democrática que se abrió en la Argentina tras finalizar la última dictadura militar (1976-1983) fue escenario de múltiples pujas en la construcción de memorias y relatos en torno a la violencia vivida y, particularmente, la desaparición forzada de personas. A partir de entonces, es posible observar momentos diferenciales en la construcción del/los relato/s: si durante los años '80 se buscaba conocer y desentrañar ese modo de hacer sistemático y clandestino y la figura de la víctima – detenidos-desaparecidos, sobrevivientes y familiares- adquiría centralidad, a partir de mediados de los años '90 y en un contexto signado por las denominadas “leyes de impunidad” que marcaban la imposibilidad de avanzar en el ámbito jurídico, la militancia política del sujeto comenzó a ocupar un lugar de relevancia en el relato².

Estos momentos diferenciales fueron conformando condiciones sociales particulares para la escucha de los sobrevivientes de los Centros Clandestinos de Detención (CCD), conformando con ello regímenes de visibilidad/invisibilidad, audibilidad/inaudibilidad de sus relatos y experiencias. Desde su liberación –bajo la forma de denuncia en el exterior de aquellos que habían logrado exiliarse- y fundamentalmente a partir del inicio del gobierno democrático de Alfonsín, gran parte de los sobrevivientes³ fueron brindando su testimonio en instancias como la CONADEP y el Juicio a las Juntas.

Ahora bien, ¿qué tipo(s) de relato(s) se fueron propiciando *en torno a* esta figura y *desde* ella? ¿Cuáles han sido, a lo largo de los años, las miradas sociales en relación a los sobrevivientes⁴? Y, en esos marcos socio-temporales, ¿qué relatos han ido construyendo ellos mismos? Estas interrogaciones generales toman en consideración la doble dimensión –social y subjetiva- en la que se moldea la (sobre)vida⁵, al tiempo que

² Diferentes autores permiten trazar esta temporalidad, entre ellos: Oberti y Pittaluga (2006); Crenzel (2008). Podemos considerar, asimismo, que la reapertura de las causas por delitos de lesa humanidad que tuvieron lugar a partir de la nulidad (2003) e inconstitucionalidad (2005) de las leyes referidas junto con un conjunto de políticas memoriales desplegadas por el Estado, van conformando un nuevo momento político-social.

³ Debemos decir que no todos los sobrevivientes han tomado la palabra en el espacio público. Por ello, lejos de abogar por un “deber de testimoniar” nos interesa reparar en el problema del testimonio desde su *posibilidad*, considerando aquello que *puede* ser dicho y no lo que *debería* serlo. Siguiendo a Jelin (2002 y 2006), consideramos que influyen aquí cuestiones *subjetivas y sociales* que propician u obturan la palabra, y sobre las que hemos comenzado a reflexionar en abordajes anteriores (Lampasona, 2013a).

⁴ En términos generales, debemos decir que fundamentalmente en los primeros tiempos de la transición democrática –esto es, durante los años '80 y '90- los sobrevivientes se vieron sujetos a procesos de estigmatización y sospecha (Longoni, 2007; Crenzel, 2008): si miles habían desaparecido, “algo debían haber hecho” para sobrevivir... La sospecha de “traición” constituye, entonces, una dimensión ineludible al momento de considerar las miradas sociales en torno a los sobrevivientes. No obstante, esta figura se ha ido conformando también en torno a otros múltiples registros que se articulan con y al mismo tiempo trascienden dicha estigmatización: nos referimos a las nociones de testigos, víctimas, militantes y sujetos de experiencia. Todas ellas se irán configurando y articulando de manera diferente a lo largo de los sucesivos contextos sociales y permearán, al mismo tiempo, las propias construcciones de los sujetos sobrevivientes.

⁵ Lo que denominamos “(sobre)vida” se entretiene en un doble movimiento: como producción particular del poder genocida que buscó doblegar, desarticular, aterrorizar y, al mismo tiempo, como construcción del propio sujeto. *Pese a todo* (Didi-Huberman, 2004), pese a esas pretensiones absolutas del poder, los

inquiieren en su carácter procesual –esto es, abierto a los diferentes momentos histórico-sociales y memoriales-. En el presente trabajo, nos interesa problematizar particularmente aquellas construcciones discursivas *desde* la (sobre)vida y sus reconfiguraciones a lo largo del tiempo; en particular, nos preguntamos: ¿de qué manera los diferentes momentos y narrativas sociales permearon y permean los relatos de los sobrevivientes, dotándolos de movimiento e historicidad? Para ello, nos centraremos en dos producciones literarias elaboradas en momentos históricos diferentes que constituyen, cada una, testimonios de sobrevivientes: “Preso sin nombre, celda sin número” (Jacobó Timerman, 1980/1981) y “Ese infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA” (Actis, et. al., 2001). Particularmente, intentaremos pensar los contextos particulares que les dieron forma, por un lado, y las narrativas en torno a la experiencia de la desaparición/aparición y posterior sobrevida construida en cada una de las obras.

Los tiempos y espacios sociales para el recuerdo y la palabra: ¿cuáles marcos para qué sentidos?

Diferentes autores nos permiten pensar sobre los modos en que el contexto social moldea, enmarca las construcciones de memoria. A este respecto, los desarrollos de Halbwachs (2004a y 2004b) resultan sustanciales al señalar que la memoria individual se encuentra socialmente enmarcada a partir de dispositivos tales como el tiempo, el espacio y el lenguaje; atravesado por esos marcos de sentido, el sujeto no recuerda solo sino que lo hace, siempre, en relación a aquello que le es socialmente dado recordar. Por su parte, autores como Lavabre (1998) y Pollak (2006), entre otros, se asentarán sobre estas reflexiones para retomarlas críticamente y/o resignificarlas trayendo al centro del análisis el problema del conflicto en la significación del pasado, la disputa por el sentido y su emergencia como multiplicidad. De acuerdo a lo que es dable recordar en términos histórico-sociales, los relatos se tornan heterogéneos, se contraponen y entran en disputa. Estos desarrollos, entonces, nos permiten pensar el carácter móvil, abierto, de las configuraciones de memoria y su inscripción en tiempos y marcos sociales heterogéneos, atravesados por luchas y relaciones de fuerza. A partir de ello nos preguntamos: ¿de qué manera se han ido pensando a sí mismos los sobrevivientes? ¿Cuáles fueron y son las condiciones sociales de posibilidad y las configuraciones de memoria para esas formas del recuerdo y construcción de sentido en torno a la desaparición y posterior sobrevida?

Como señalamos, desde los primeros tiempos posteriores a la liberación y fundamentalmente a partir del regreso de la democracia una parte considerable de los sobrevivientes de los CCD fueron brindando sus testimonios como instancia de denuncia. Tanto aquellos que habían partido al exilio como quienes permanecieron en el país fueron de a poco animándose a contar su experiencia; con sus relatos, iban dando forma al proceso de la desaparición, sus fases públicas y clandestinas, sus responsables y los espacios de emplazamiento de los CCD (Crenzel, 2008: 75). Particularmente, los sobrevivientes se constituyeron en una de las voces privilegiadas para la investigación llevada adelante por la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas

sujetos se fueron dando –como han podido y en espacios sociales que lo viabilizaran- su propia (sobre)vida. Nuestra puntualización del prefijo procura problematizar ese *plus* que se inscribe y acompaña la vida de los sobrevivientes a partir de la desaparición y posterior liberación. Una vida que, sin volver a ser aquello que era con anterioridad a la experiencia límite, se reconfigura y despliega (resistiendo) *pese* al avasallamiento y, al mismo tiempo, *con pesar* de él.

(CONADEP), que diera lugar al informe final *Nunca Más*, de amplia repercusión nacional e internacional⁶. De esta manera, la centralidad que asumían en la construcción de conocimiento dotaba a su voz de *relevancia política* y *valor jurídico* (Crenzel, 2008: 78); sin embargo, y al mismo tiempo, el hecho de haber sido liberados por sus propios captores mientras otros permanecen desaparecidos fue abriendo en los primeros tiempos a procesos de sospecha y estigmatización (Crenzel, 2008: 44) que reforzaron los efectos devastadores de la experiencia del CCD. Estas formas de sospecha fueron permeando las miradas sociales en torno a esta figura y moldearon, al mismo tiempo, las propias construcciones del/los sujetos; y es en esta doble modulación –social y subjetiva– donde consideramos se han ido configurando, a lo largo del tiempo y en contextos sociales diferentes, múltiples significaciones en torno a la figura del sobreviviente.

Lejos de conformarse de manera homogénea, dicha figura ha estado atravesada por múltiples registros, anclados históricamente. Fundamentalmente en los primeros tiempos de la transición democrática, y como hemos referido en párrafos anteriores, podemos vislumbrar las nociones de: “testigos” –fuertemente vinculada a la centralidad de la voz de los sobrevivientes en la construcción de conocimiento y verdad, y que se irá manteniendo a lo largo del tiempo–; “víctimas” –también emergente desde los primeros tiempos y anclada en lo que Markarian (2004) y Crenzel (2008) abordarán como la “narrativa humanitaria”, sobre la que volveremos en breve–; (posibles) “traidores”. Por su parte, y como adelantábamos en el apartado introductorio, la recuperación de la militancia política de los años ‘60 y ‘70 a mediados de la década del ‘90 comenzaba a reconfigurar el relato; estas modificaciones impactarían también en las significaciones en torno a los sobrevivientes como “militantes”. Por último, las transformaciones en materia de políticas de memoria y, fundamentalmente, la reapertura de los juicios por Delitos de Lesa Humanidad que tuvieron lugar en los últimos años abren a nuevas configuraciones de sentido en tanto la experiencia de la desaparición y posterior sobrevida comienza a pensarse en su especificidad: los sobrevivientes no sólo cobran legitimidad por hablar por y de otros –desaparecidos– sino que comienzan a ser escuchados y considerados por lo que dicen sobre sí mismos. Los sobrevivientes son, al tiempo que testigos, víctimas y militantes, “sujetos de experiencia”. Estos múltiples “registros” o dimensiones que han atravesado y continúan atravesando a la figura del sobreviviente se encuentran condicionados, entonces, por los momentos histórico-sociales al tiempo que se yuxtaponen e imbrican mutuamente. Y son estas construcciones sociales imaginarias heterogéneas las que irán permeando tanto la mirada social como los procesos subjetivos y las maneras de pensar-se y decir-se de los propios sobrevivientes⁷.

Insertas en momentos político-sociales y memoriales diferentes, las producciones de análisis traen consigo parte de estas problemáticas históricamente situadas y construcciones de sentido en torno al sujeto y su experiencia: la primera de ellas, atravesada por los momentos iniciales de denuncia y de construcción de sentidos en torno a las confrontaciones sociopolíticas anteriores al golpe militar, se propone *dar*

⁶ Dicho informe constituyó un relato articulado en torno a testimonios y documentos que permitió comenzar a construir verdad sobre la sistematicidad y clandestinidad de los delitos de lesa humanidad cometidos en el país entre los años 1975 y 1983. Ver Crenzel, 2008: 113 a 124.

⁷ En abordajes anteriores (Lampasona, 2013b) hemos realizado una aproximación posible a esa historicidad de las miradas sociales en torno a la figura del sobreviviente a partir del análisis de dos producciones documentales –“Montoneros, una historia” (Di Tella, 1994) y “Horas de vida” (Rey y Rubio, 2006)– cuyos contextos de producción nos permiten pensar en esos momentos socio-históricos y sentidos disímiles.

sentido, inscribir la experiencia vivida en el campo de lo cognoscible e imaginable; la segunda, enmarcada en un contexto de impunidad a partir de la vigencia de las denominadas “leyes del perdón” y de recupero de las historias de militancia, procura inscribir la historia singular en un trazado histórico más amplio y un recorrido analítico que, tomando la propia desaparición como momento bisagra de la vida del sujeto, se despliega en un movimiento conjunto que mira tanto la historicidad de esos sujetos antes de la desaparición como sus consecuencias aun presentes.

La desaparición y posterior (sobre)vida, desde los sobrevivientes

a) Delimitación del corpus

El género literario ha sido, desde los primeros momentos posteriores a la liberación, uno de los espacios en los que los sobrevivientes han ido tomando la palabra. La experiencia de la Shoah constituye un antecedente ineludible en lo referido a esta modalidad del testimonio: desde los primeros textos de Primo Levi hasta producciones más “tardías”, como la obra de Semprún, gran parte de los sobrevivientes de los campos de concentración nazis han ido volcando sus memorias de lo vivido en libros testimoniales que irían desde el relato de la experiencia personal hasta construcciones conceptuales más abarcativas⁸.

Si bien en la Argentina la producción testimonial bajo este formato no ha sido en extenso profusa como en el caso europeo, podemos mencionar diferentes producciones: “*Preso sin nombre, celda sin número*”, de Jacobo Timerman (1981); “*La escuelita*”, de Alicia Partnoy (primera edición en inglés, 1986; traducción al castellano en 2006); “*Una sola muerte numerosa*”, de Nora Strejilevich (primera edición en inglés, 1997; traducción al castellano en 2006); “*Ese infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*”, de Munú Actis, Cristina Aldini, Liliana Gardella, Miriam Lewin, Elisa Tokar (2001); “*Sueños sobrevivientes de una Montonera. A pesar de la ESMA*”, de Susana Camus (2001); “*Memoria del infierno. Relato testimonial de un sobreviviente del Centro Clandestino de Detención ‘El Vesubio’*”, de Jorge Watts (2009); “*Desaparecido, memorias de un cautiverio: Club Atlético, el Banco, el Olimpo, Pozo de Quilmes y ESMA*”, de Mario Villani y Federico Reatti (2011). Al mismo tiempo, y en un formato que escapa al modelo testimonial para desplazarse a la lógica del campo académico –sin por ello desligarse de la experiencia personal de la autora– podemos mencionar también el texto de Pilar Calveiro, “*Poder y desaparición. Los campos de concentración en la Argentina*” (1998). Si bien no analizaremos en profundidad el conjunto de obras, resulta sustancial problematizar dicho corpus a partir de los momentos y lugares de producción: las tres primeras –pioneras–, corresponden a los primeros años de la transición democrática⁹ al tiempo que, en su conjunto, fueron escritas y editadas en el exilio, alcanzando una escasa repercusión en nuestro país –al

⁸ A finales de junio de este año hemos tenido la posibilidad de visitar el campo de concentración alemán Dachau, ubicado en las cercanías de la ciudad de Munich y constituido actualmente en un sitio de memoria. Al observar los textos expuestos para la venta en la librería del edificio de recepción, uno de los principales aspectos que llamó nuestra atención tuvo que ver, precisamente, con la profusa producción testimonial de los sobrevivientes de los campos; Auschwitz, Dachau, entre otros, aparecían como espacios de evocación y recuerdo de múltiples voces que compartían en común el haber conocido y experimentado en el propio cuerpo la experiencia límite de la deportación, reclusión y liberación de los campos. Las historias se multiplicaban a nuestro alrededor, sobrepasando ampliamente a los autores más renombrados por su obra más “teórico-conceptual”, como Primo Levi, Jorge Semprún, Bruno Bettelheim, entre otros. Ver el catálogo disponible en: <http://literaturhandlung.com/index.php?cPath=5>.

⁹ Si bien la tercera de ellas es de mediados de los años '90, podríamos incluirla en esta periodización.

menos hasta su edición en la Argentina y/o su traducción al castellano-. Por su parte, las obras posteriores al año 2000 fueron escritas y editadas en nuestro país. Y entre ambos “conjuntos”, casi a modo de bisagra, el trabajo de Calveiro. ¿Es que hay algo que “destraba” esta obra? ¿Ha reconfigurado algo en relación a la palabra testimonial de los sobrevivientes, más allá del ámbito judicial y/o de los organismos de Derechos Humanos? ¿Qué permite decir respecto de la audibilidad y/o visibilidad de los sobrevivientes como voces legítimas (y creíbles)? Consideramos, precisamente, que esta obra aporta una novedad: y es que, aun siendo la voz de una sobreviviente, trae consigo la “legitimación” del conocimiento académico. Al profundizar en las dinámicas internas del dispositivo concentracionario y el modo de ejercicio del poder desaparecedor, esta obra asume un carácter re-legitimador del lugar social de los sobrevivientes y su testimonio, dando cuenta de la “aleatoriedad” subyacente en la producción de miles detenidos-desaparecidos y una menor cantidad de sobrevivientes: “Sobrevivieron los mejores y murieron los mejores; sobrevivieron los peores y murieron los peores. No hubo una lógica de la sobrevivencia o de la muerte que pueda explicarse con parámetros de conducta. Hubo colaboradores que murieron; hubo sobrevivientes cuya conducta fue de resistencia tenaz e inamovible. Subsistió gente ajena a las organizaciones guerrilleras, otros que tenían una relación lateral con las mismas y otras más que eran dirigentes de alto nivel. Junto a ellos, personas de las mismas características fueron eliminadas. No hubo realmente una selección sino procesos aleatorios” (Calveiro, 2004: 160). En todo caso, el texto de Calveiro nos permite re-pensar el modo de ejercicio del poder desaparecedor y constituye, al mismo tiempo, una vía de entrada posible a la reflexión en torno a los efectos de verdad que produce la desaparición/aparición en términos de la escucha social y la mirada en torno a los sobrevivientes, como así también de sus propias construcciones. De esta manera, y a modo de condiciones sociales de posibilidad, esta obra abre a nuevos modos de pensar-los y pensar-se, decir-los y decir-se.

Dentro de este vasto corpus, hemos seleccionado la obra de Timerman y la producción colectiva “Ese infierno”. En el primer caso, se trata de una obra “inaugural” puesto que constituye uno de los primeros testimonios –sino el primero- publicados en formato de libro; asimismo, su estructura argumentativa se teje a partir del desglose minucioso y detallado de la situación de cautiverio en un intento por tornar inteligible y dar sentido a lo vivido. En el segundo caso, en tanto, nos encontramos frente a una obra colectiva de inicios de los años 2000 protagonizada por mujeres cuyo punto común consiste en haber sido militantes de espacios políticos vinculados al peronismo y haber permanecido secuestradas y desaparecidas en la ESMA; el eje del relato apuntará, por su parte, a desentrañar la cotidianeidad del cautiverio como así también las formas en que la experiencia de la desaparición y posterior liberación se inscribe y trastoca sus propias vidas, intentando pensarlas en perspectivas de largo plazo. En este sentido, ambas obras condensan problemáticas y narrativas plausibles de ser situadas contextualmente, al tiempo que diferenciables en términos de nudos argumentativos y sentidos emergentes.

b) “Preso sin nombre, celda sin número”: las primeras aproximaciones a la experiencia límite de los CCD

Jacobo Timerman nació en 1923, en el seno de una familia judía emigrada a la Argentina con anterioridad a la Segunda Guerra Mundial. De profesión periodista, durante los años '70 (y en el período previo a su secuestro y desaparición) dirigía el diario La Opinión. En septiembre de 1977 fue secuestrado por las fuerzas militares y durante algunos días permaneció recluido en un CCD hasta su legalización; a partir de

entonces, permaneció detenido en cárceles del servicio penitenciario hasta 1980. Al momento de su desaparición tenía 54 años. Una vez en libertad, debió partir al exilio junto a su familia y fue allí, precisamente, en Israel, a los pocos días de su llegada, donde escribió el texto que analizamos. Restituido el gobierno democrático en Argentina, brindó su testimonio frente a la CONADEP y el Juicio a las Juntas, entre otras instancias. El testimonio que se enuncia en su obra es como vemos muy temprano e, incluso, contemporáneo a la dictadura militar. Ahora bien, ¿qué elementos de su contenido nos permiten dilucidar influencias particulares del contexto de escritura y publicación? ¿Y qué nos dice en torno a los modos de pensar la (sobre)vida? Para responder estos interrogantes, avanzaremos sobre las siguientes dimensiones analíticas: a) la narración privilegiada del cautiverio y el horror como búsqueda de sentido y denuncia de lo vivido; b) la construcción de la figura de la víctima¹⁰ –y su contrapuesto, el victimario; c) la inserción de esta experiencia en una perspectiva socio-política más amplia, a partir de la yuxtaposición entre algunos elementos de lo que se conocerá como la “teoría de los dos demonios” y la “narrativa humanitaria”.

Como dijimos, esta obra se configura como una de las modalidades primarias –en tanto que primeras- de búsqueda/construcción de sentido en torno a aquello inimaginable e impensable del horror de los campos: la dimensión clandestina de la desaparición forzada, la tortura, el cautiverio y su condición liminar. En los primeros párrafos, Timerman señala: “La celda es angosta. Cuando me paro en el centro, mirando hacia la puerta de acero, no puedo extender los brazos. Ero la celda es larga. Cuando me acuesto, puedo extender todo el cuerpo. Es una suerte, porque vengo de una celda en la cual estuve un tiempo -¿cuánto?- encogido, sentado, acostado con las rodillas dobladas [...]. Extraño la celda desde la cual me trajeron a esta -¿desde dónde?-, porque tenía un agujero en el suelo para orinar y defecar” (Timerman, 1981: 3 y 4). A la descripción minuciosa y detallada del espacio de reclusión le sucede la referencia a otro cautivo: “Descubro que en la puerta frente a la mía también está la mirilla abierta y hay un ojo. Me sobresalto [...]. Y entonces tengo que hablar de ti, de esa larga noche que pasamos juntos, en que fuiste mi hermano, mi padre, mi hijo, mi amigo. ¿O eras una mujer? Y entonces pasamos esa noche como enamorados. Eras un ojo, pero recuerdas esa noche, ¿no es cierto? Porque me dijeron que habías muerto, que eras débil del corazón y no aguantaste la “máquina”, pero no me dijeron si eras hombre o mujer. Y, sin embargo, ¿cómo puedes haber muerto, si esa noche fue cuando derrotamos a la muerte?” (Ibíd: 5 y 6). A partir de allí continúa la narración. A diferencia del caso que analizaremos posteriormente, este texto se irá configurando a partir de lo que podríamos pensar como una “intriga” en la trama argumental, en el sentido de un no-saber (en profundidad y en su radicalidad) sobre aquello que se narra: desde el comienzo del texto no sabemos dónde se emplaza la celda, quién es ese otro cautivo del/al que habla el autor, si es real o imaginado; no sabemos adónde fue recluido, cómo fue el secuestro, de qué manera se dio la liberación y posterior exilio... Intuimos, imaginamos, que lo que leeremos nos conmocionará. Ese saber, precisamente, se irá develando y construyendo a lo largo del relato, en el mismo momento de la escritura/lectura. Y recién hacia el final del texto, en las últimas páginas, se enunciará, acelerada (¿difícil de comprender para él mismo?), su suerte última: la liberación y el exilio obligado.

¹⁰ Esta noción no debe ser entendida como dada sino que supone, siguiendo a Vecchioli (2001) un proceso de construcción que incluye múltiples disputas y sentidos en torno a qué y quiénes se incluyen (y excluyen) en la delimitación de la figura “víctima”.

Leído desde el presente, luego de años de circulación de testimonios de sobrevivientes y construcción de conocimiento en torno a la tecnología de la desaparición forzada –aun cuando parcial, siempre en proceso de ampliación-, la radicalidad de la experiencia parecería evidente en sí misma: habría habido un secuestro seguido de desaparición, tortura, cautiverio y posterior liberación. Sin embargo, en el contexto de producción de este testimonio, se sabía poco: en el exterior, los sobrevivientes y familiares exiliados iniciaban sus denuncias; fronteras adentro, la desaparición –cuya espacialidad última se configuraba en los Centros Clandestinos de Detención- circulaba como un *secreto a voces* (Calveiro, 2004: 78), en un juego que articulaba de manera compleja el saber-no saber en torno a su modalidad de producción y despliegue. En este sentido, la escritura misma de Timerman se articula en torno a ese “enigma” sobre el que se pretende construir sentido, a aquello propio de lo no-conocido que intenta develarse. Y de esta manera, su estructura se devela fragmentada, no cronológica, desordenada: “El testimonio es fragmentario, su tiempo no es cronológico y el espacio de la narración es la celda. A la discontinuidad de la estructura narrativa se le contraponen el continuo fluir de una conciencia que se cuestiona sin concesiones” (Strejilevich, 2006: 77). En la narración, Timerman alterna tiempos y espacios: por momentos está “adentro” y la narración transcurre durante la desaparición, por momentos está “afuera” y el relato se remonta a temporalidades pretéritas, unas más cercanas –vinculadas a los tiempos previos a su “secuestro”/“arresto”-, otras más lejanas –vinculadas, como veremos, a la necesidad de construcción de una genealogía de su identidad, fuertemente vinculada al judaísmo y a la construcción del sujeto víctima-. Y es que esta experiencia límite que ha roto, resquebrajado el mundo de la vida, necesita cobrar sentido; hay que poner orden, reinscribir lo vivido en el campo de la experiencia. Y la forma de hacerlo parece ser posible, en esos momentos inmediatos, desde ese relato fragmentario, no-lineal, que se interroga y busca en la historia social y personal una genealogía/explicación posible. Veamos, entonces, qué tipo de relato se construye en esa “genealogía” en lo que hace a sí mismo como sobreviviente y víctima (y su contracara, el victimario) como también a los procesos socio-históricos que se analizan.

La construcción de la noción de víctima atraviesa el texto desde las primeras páginas. En la búsqueda por nombrar lo vivido y dar cuenta de una razón que lo explique, Timerman va trazando una interpretación posible donde la figura del sometimiento/avasallamiento se entreteje personal, familiar e históricamente: el autor se reconoce víctima de la represión clandestina de las fuerzas armadas argentinas –lo que supone un conjunto de vejámenes y ultrajes físicos y psíquicos- y, al mismo tiempo, proviene de una familia judía emigrante de Europa tras la emergencia del nazismo durante la primera posguerra. Nuevamente, dicha construcción transcurre puertas adentro y puertas afuera: al interior del espacio de reclusión, la figura del sujeto avasallado se configura en torno al cautiverio, la tortura y el aislamiento respecto de otros detenidos y, fundamentalmente, del mundo exterior. La remisión a la tortura, en particular, se entreteje en un campo de sentidos múltiples que oscila entre cierta ajenez y/o normalización dentro de la “rutina” concentracionaria, por un lado, y lo inimaginable y/o intransmisible, por el otro. A la tortura intransmisible, le sigue “la vida diaria”: “Después de la tortura, ya en la espera –condenado o ignorante de su suerte-, el hombre torturado se dedica a los menesteres de la vida diaria. La tortura forma parte de una rutina diaria, por la cual se pasó y que ahora le toca a otros de los cuales algunos sobrevivirán y otros no. Ocupa un lugar muy pequeño en el mundo del torturado, y recién cuando sale en libertad, y puede hablar libremente, o le pueden hacer preguntas libremente, se asombra de la importancia que la humanidad le concede al tema” (Ibíd.:

39). Pero al mismo tiempo, en ese mismo dar forma a lo vivido, emerge la sensación de un dar cuenta inacabado, “imposible”, y señala el autor: “Es lógico suponer que creía saberlo todo, saber qué era un prisionero político, cómo se sufría en una cárcel, qué sentía un hombre torturado. Pues no sabía nada, y es imposible transmitir lo que sé ahora. En los largos meses de encierro pensé muchas veces en cómo podría transmitir el dolor que siente el hombre torturado. Y siempre concluía que era imposible. Es un dolor que no tiene puntos de referencia, ni símbolos reveladores, ni claves que puedan servir de indicadores. El ser humano es llevado tan rápidamente de un mundo a otro, que no tiene forma de encontrar algún resto de energía para afrontar esa violencia desatada. Esa es la primera parte de la tortura: caer sorprendentemente sobre el ser humano sin permitirle crear algún reflejo, aunque sólo fuera psicológico, de defensa” (Ibíd.: 32-33). Precisamente, será necesario el tiempo y los espacios sociales de escucha para que ese “imposible” comience a tornarse, paulatinamente, en (im)posible: un decir posible en el marco de espacios que lo propicien, un decir posible aun cuando fragmentario, difícil e inacabado.

Por su parte, comienza vislumbrarse una referencia al sujeto en su cualidad humana y universal, desvinculada de toda politicidad; lo que se vulnera allí es, precisamente, su ser-humano. No es el sujeto en singular, sino el “hombre torturado” en general, en su humanidad¹¹. Podemos visualizar aquí algunos de los elementos constitutivos de la “narrativa humanitaria” (Laqueur, 1996) que atravesó particularmente los primeros tiempos de la transición democrática y las modalidades de denuncia en los ámbitos internacionales vinculados a la defensa de los derechos humanos: el detalle del sufrimiento y la centralidad del cuerpo como espacio de aplicación de ese suplicio¹². Frente a ello, se desplegarán las respuestas del detenido como modalidades de adaptación y/o supervivencia; la “pasividad”, la “evasión”, el “no pensar” permitirían entonces resguardar al sujeto de ese mundo de rupturas y vejaciones: “Descubrí que instintivamente había desarrollado una actitud de pasividad absoluta. Hubo quienes lucharon para no ser llevados a la mesa de torturas, otros rogaron que no se les torturara, otros insultaban a sus torturadores. Yo fui pura pasividad [...]. Esta pasividad, se me ocurre, ahorra muchas energía, y dejaba todas las fuerzas para soportar la tortura. Pensé que me vegetalizaba” (Ibíd: 34-35). En esa situación de (aparente) pasividad es que aparece ese otro productor de la crueldad: el victimario, quien asume en su presencia un poder omnipotente, voraz, unívoco: “Uno se siente tentado de combatir esa tendencia de los torturadores, de enfrentarla como una casi única posibilidad de sentirse con vida, pero son batallas inútiles, que a nada llevan. Conviene admitir y aceptar la omnipotencia de los torturadores [...]” (Ibíd: 41). Y esa omnipotencia se asienta, siguiendo al autor, en una irracionalidad plena, en el “odio convertido en fantasía”, en

¹¹ En relación a la tortura, principalmente, el autor hará referencia al “ser humano” como categoría totalizadora de aquel que ha sido sometido a la desaparición y la tortura. No hay aquí mayores referencias del sujeto en su politicidad sino su cualidad última de humano. Ver, en particular, el capítulo 4.

¹² En su estudio sobre la narrativa humanitaria como (nuevo) modo discursivo, emergente entre el siglo XVIII y XIX, Laqueur (1996) la define a partir de diferentes nudos constitutivos, entre ellos: la centralidad del cuerpo individual sufriente y su recupero en un relato que, apelando a la compasión de los otros, interpele moralmente a la acción/intervención (Ibíd.: 176); la confianza en el relato minucioso del padecimiento como índice de verdad (Ibíd.: 177); la identificación de ese cuerpo como locus del dolor y, al mismo tiempo, puente entre las víctimas y el conjunto social impelido a la acción. En el caso particular del movimiento de derechos humanos, Markarian (2004) analiza el modo en que –para el caso de los exiliados uruguayos– este tipo de narrativa fue desplazando en la escena internacional y nacional a otros posicionamientos discursivos más vinculados a la acción político-revolucionaria; como veremos, será Crenzel (2008) quien retome estos desarrollos para pensar el contexto argentino post-dictatorial y las apropiaciones de este tipo de relato por parte de los organismos de derechos humanos y ex militantes.

“alucinaciones políticas” como base de la acción represiva; el exterminio de miles de víctimas inocentes (no vinculadas a la “subversión”) encontraría entonces su sustento en el despliegue irracional de una ideología totalitaria que encontraría en la fantasía su raíz última (Ibíd: 96).

Decíamos, también, que la noción de víctima se irá entretejiendo a partir de lo que podríamos denominar como una “genealogía de la opresión” que encuentra su apoyatura no tan sólo al interior del CCD sino también en relación a la historia familiar y social. Y aparece aquí la vocación por trazar puentes entre lo ocurrido en Argentina y el antisemitismo desplegado, fundamentalmente, durante el nazismo. Desde las primeras hojas del texto, el autor se remite a la historia familiar y del pueblo judío perseguido en Europa. En este trazado, se amplían los espacios de pertenencia: no se está ya solo en una celda, aislado y vulnerado, sino que el “nosotros-víctima” –directamente relacionado al nosotros del judaísmo- opera como sostén y explicación, al mismo tiempo, frente al sufrimiento padecido. Ese nosotros del pueblo judío ampara y da identidad al momento de pensarse víctima de ese poder irracional y brutal desplegado por el victimario¹³; y es que el pueblo judío ha sido sometido, desde los primeros tiempos, a la opresión y la discriminación y es precisamente esa historicidad de persecuciones la que se imprime en la sangre y lo convierte a Timerman en “culpable”: “Un mundo de tribunales. Y un mundo de acusados. Tribunales civiles, militares, religiosos, todo ha sido juzgado, es juzgado y será juzgado. Y siempre, a través de la historia y del presente, he estado entre los acusados. Nunca juzgué a nadie, y nunca juzgaré. ¿En qué momento he asumido tanta culpa? ¿O quizás no la he asumido más que cuando me han señalado que era culpable? [...] Hace 32 años y 4 meses que ha concluido la guerra contra el nazismo [...]. Y, sin embargo, esos mismos 32 años y 4 meses después, en la ciudad de Buenos Aires, sigo siendo un ciudadano bajo toda sospecha; queda evidenciado que he nacido en el costado inadecuado y absurdo de la humanidad; me he ocupado, por nacimiento y torpeza, o quizás por inclinación natural, a las perfidias que fueron juzgadas y en las cuales yo reincido” (Ibíd: 110 y 111).

Estas construcciones del sujeto víctima en su cualidad humana, por un lado, y en su inscripción cuasi-sanguínea en un linaje religioso-cultural más amplio licúa, podríamos pensar, una mirada política del sujeto habido y de la tecnología que busca aniquilarlo, por el otro. Precisamente, y como señala Crenzel (2008: 112), esta narrativa ha producido un doble movimiento: de politización del sujeto en relación al discurso militar –como sujeto de derecho- y, al mismo tiempo, de despolitización –en tanto que “víctimas inocentes”, ajenas al hacer político-¹⁴. Y este punto nos lleva al último eje en torno al relato construido, el de la inserción de la desaparición en un contexto socio-político más amplio y el posicionamiento asumido respecto de la dimensión política del exterminio. En este punto, nos interesa advertir ese doble movimiento: por un lado, la lectura del plan sistemático de exterminio desde su propia politicidad, es decir, como resultado de un proceso de conflicto político de largo plazo que encuentra en el proceso genocida su resolución última; así, la desaparición forzada no aparece como mera emergencia maléfica sino como acontecimiento histórico en el marco de relaciones de fuerza. Sin embargo, al mismo tiempo que se politiza el conflicto, la principal matriz

¹³ La construcción de esta articulación entre la condición de judío y la de desaparecido, donde la primera aparecería como justificación de la segunda, es desarrollada ampliamente a lo largo del texto. Ver, en particular, el capítulo 9.

¹⁴ En el caso de los sobrevivientes, el autor advertirá que los testimonios se irán configurando en torno a este tipo de narrativa que poniendo el énfasis en el dolor padecido en el propio cuerpo.

interpretativa estará sustentada en lo que a posteriori se conocerá como la “teoría de los dos demonios” y que encontrará en el (primer) prólogo del “Nunca Más”, como señala Crenzel (2008: 107), su expresión más acabada: la de una sociedad inocente, ajena al conflicto político y presa de la violencia desplegada, conjuntamente dirá el autor, por las organizaciones armadas de izquierda y las fuerzas paramilitares y militares de derecha. Desde esta lectura interpretativa, Timerman avanza en la construcción de esa genealogía de la desaparición y señala: “... se pasó del terrorismo caótico, anárquico, irracional de la guerrilla izquierdista y los escuadrones de la muerte fascistas, a un terrorismo sistematizado, orgánico, racionalmente planificado” (Timerman, op. cit.: 27)¹⁵.

La conjunción de estas dos matrices de sentido –la teoría de los dos demonios y la narrativa humanitaria– irán moldeando, entonces, un relato particular de la desaparición, del sujeto sobreviviente y los procesos socio-políticos que les dieron forma: a la violencia extrema e irracional de la izquierda, una respuesta aun mayor del Estado con su poder de fuego y exterminio; en el medio, un conjunto de víctimas inocentes alejadas de uno y otro demonio. Y una vez desatado ese poder mortífero del victimario, una víctima pasiva y avasallada en su cualidad humana que no puede más que resistir/tolerar ese Mal absoluto aplicado en el propio cuerpo. En la búsqueda de esos sentidos advertimos entonces: una primacía del cautiverio, la vejación, el ultraje; una remisión no-lineal, confusa y fragmentaria al “antes” de la desaparición –un antes, decíamos, próximo y lejano al mismo tiempo–; y dada la inmediatez de la escritura respecto de la experiencia del cautiverio, una escasa referencia al “después”, al sujeto en su (sobre)vida. Una referencia “escasa”, pero no por ello menos reflexiva; una referencia que anuncia, intuye, una inscripción a fuego de lo vivido: “Sé que debe haber un mensaje o una conclusión. Pero eso sería una forma de poner punto final a una historia típica de este siglo, a mi historia. Y no tiene punto final. No he perdido ninguna de mis angustias, nada de mi ideología, ninguno de mis amores ni de mis odios (...). Estoy esperando, excitado, apasionado. Sé que en cualquier momento, hoy o mañana estaré de vuelta lanzado a la gran aventura de ser un hombre independiente, un judío independiente, un periodista independiente [...]. ¿Alguien de ustedes miró alguna vez en los ojos a una persona, en el fondo de una celda, que sabe que va a morir aunque nadie se lo dijo? Sabe que va a morir, pero se aferra a su biología que quiere vivir, como una última esperanza, porque nadie le dijo que será ejecutado. Tengo muchas de esas miradas clavadas en mí. Cada vez que escribo o pronuncio palabras de esperanza, de confianza en el triunfo definitivo del hombre, me asusto: temo perder algunas de esas miradas. De noche las recuento, las recuerdo, las vuelvo a mirar, las limpio, las ilumino. Creo que esas miradas, en las que he entrado en las cárceles clandestinas de Argentina, y que he guardado conmigo de una a una, fueron el punto culminante, el momento más puro de mi tragedia. Están aquí hoy conmigo. Y aunque quiera hacerlo, no podría, no sabría cómo compartirlas con ustedes” (Ibíd: 160 y 161).

Una inscripción que no acaba sino que aun en “libertad” persiste y que afrontarla, tramitarla supondrá –intuye el autor– un proceso doloroso de repaso, recuerdo y elaboración, un “trabajo de memoria” (Jelin, 2002): “Y no hay mucho más. Objetivamente nada más. O quizás hay mucho más. E intento olvidarlo. Desde que fui liberado, espero cada día que se produzca el shock anímico, alguna extensa y profunda pesadilla que de pronto estalle en medio de la noche, y me haga revivir todo, algo que me retorne al lugar original, me purifique y traiga nuevamente a este lugar en que estoy

¹⁵ Para ampliar, ver en particular los capítulos 2 y 5.

escribiendo ahora. Pero nada ha ocurrido y esta calma me asusta. Un periodista me preguntó cómo siento mi libertad. No la siento aún. Reprimo la sensación de libertad, porque temo que para alcanzarla deba abandonar las profundas marcas que quedaron dentro, y para abandonar esas marcas habrá que revivirlas” (Timerman, op. cit.: 34). La libertad y la propia (sobre)vida intuidas como construcciones a largo plazo.

c) “Ese infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA”: en torno a nuevas configuraciones del relato

Este texto reúne las conversaciones que mantuvieron sus autoras desde el año 1998, cuando decidieron juntarse a compartir y reflexionar colectivamente en torno a la experiencia vivida en la ESMA (y fuera de ella). No todas se conocían al momento de iniciar las reuniones ni habían compartido el mismo período de cautiverio; sin embargo, tenían algo en común: todas ellas eran mujeres, todas habían militado durante la juventud, fueron desaparecidas y, luego, sobrevivieron. Y todas ellas, de una forma u otra, deseaban instalar en el espacio público nuevas verdades y formas de pensar/narrar la experiencia de los CCD en la Argentina. Se trataba, ante todo, de un traer en la memoria que permitiera nombrar los silencios persistentes más allá de los años de denuncias y ampare contra repeticiones posibles: “Durante un tiempo estuvimos convencidas de que había sido suficiente declarar ante la Justicia [...]. Pero todas sabíamos que habíamos vivido otro tipo de historias, no contadas todavía. Historias de odios, de solidaridad, de afectos, de cobardías, de desafíos, de resistencias... De muerte, pero también de vida. En la ESMA, como en todo Campo de Concentración, hubo luces y tinieblas. Podríamos morir ahora o simplemente olvidarlas. Y creímos que era ya tiempo de asegurarnos de que no se perdieran. Recordarlas es incómodo... Son historias difíciles de decir. Provocan angustia, reavivan dolores. Nos confrontan con pasiones olvidadas, con situaciones límite” (Actis, et. al., 2001: 32).

Al igual que en el caso anterior, el texto contiene una serie de elementos que –aunque diferentes- nos permiten pensar en enmarcamientos socio-temporales y memoriales específicos: como dijimos, esta construcción colectiva remite a finales de los años ‘90, en la confluencia de múltiples acontecimientos que se sucedieron a mediados de la década, entre ellos, la emergencia de HIJOS en la escena pública, las declaraciones de algunos perpetradores¹⁶ y, particularmente, el recupero de la militancia política de los desaparecidos como núcleo organizador del relato en torno a los años ‘60 y ‘70. Como señalan las autoras mismas, el juzgamiento y encarcelamiento de militares por causas de apropiación –en el marco de largos años de impunidad, tras las denominadas “leyes del perdón”- constituyeron disparadores en este sentido. Pero veamos algunos de los ejes constitutivos del texto para profundizar en los enmarcamientos de memoria sobre los que se apoya y las construcciones emergentes en relación a la figura del sobreviviente.

En primer lugar, nos interesa advertir los “puntos de partida” de las reflexiones que inauguran la obra y que irán delineando nuevos anclajes para la narración del cautiverio y la desaparición, el modo de abordaje del sujeto desaparecido/sobreviviente y el contexto de confrontaciones previo –ejes que, como vimos, aparecían también en la obra anterior y que ahora asumirán sentidos diferentes-. Por un lado, la afirmación de la *militancia política* del sujeto y una lectura política que retoma el conflicto no ya desde la ajenidad sino desde la imbricación plena del sujeto en los procesos socio-políticos: los desaparecidos y los sobrevivientes han sido, en mayor o menor medida, militantes

¹⁶ Entre ellos, las declaraciones de Adolfo Scilingo en torno a los denominados “vuelos de la muerte” alcanzaron una fuerte resonancia.

políticos. No hay aquí una demonización de la acción política de izquierda sino un recupero afirmativo desde el cual se alude a una identidad que, en algún momento, fue colectiva. Desde este prisma, la tecnología de la desaparición no supuso una aleatoriedad absoluta en la que las “víctimas inocentes”, ajenas al hacer político eran sustraídas sin más del mundo de la vida, sino que se inscribió en un proyecto sostenido de desarticulación del campo popular organizado. Y aquí, entonces, se traza una de las diferencias sustanciales respecto de la anterior obra: la del sujeto y los colectivos de pertenencia, en su politicidad. Podríamos decir que lejos de adscribir enteramente a aquella narrativa humanitaria que organizaba los relatos más tempranos y de la transición y de manera radicalmente opuesta a la Teoría de los dos demonios que advertíamos presente en “Preso sin nombre...”, se retoma aquí al sujeto como hacedor político. En este sentido, decíamos que desde las primeras páginas –esto es, en el capítulo 1, el de los momentos previos al secuestro y desaparición- se apunta a reconstruir desde el recuerdo algo de ese mundo del hacer política que, en y por el cercenamiento que produjo la desaparición forzada, había comenzado a destruirse. “Arranca” la historia y se plantea, desde los inicios, el sentido de ese relato: “La militancia se había transformado. Ya no era esa experiencia plena, semejante a la felicidad, que a todos nos había embargado: a partir de 1976 el peligro, la tortura, la muerte, se sentían cada vez más cerca... Estuvo marcada por el cansancio, el desamparo, el miedo. El terror cerraba las puertas que antes se abrían para los militantes. Estaban cercados, golpeados por las desapariciones casi diarias de los que querían. Algunos elegían el suicidio en el momento del secuestro, algo que al menos les aseguraba dos cosas: no entregar a sus compañeros en la tortura y arrancarles a los desaparecidos la pequeña victoria de la decisión póstuma, la de la propia muerte” (Ibíd.: 37). Por otro lado, veremos también que la remisión al tiempo transcurrido entre lo vivido y el momento de los encuentros y a las dificultades y dolores por los que ha atravesado cada una de ellas, nos permiten pensar también en las *rupturas* y heridas producidas por la desaparición/aparición como constitutivas del lugar desde el que se enuncia y se vive, pero al mismo tiempo, en la *posibilidad de elaborar y re-armar la propia vida* desde esas mismas reconfiguraciones. Todo ello, contenido y enunciado desde las primeras páginas.

Partiendo de esos puntos iniciales que recuperan la politicidad del sujeto y las reconfiguraciones biográficas, y al igual que la obra de Timerman, “Ese infierno” profundiza en la experiencia del cautiverio, alcanzando una profusa extensión y densidad analítica¹⁷. Y lo hace para traer a la escena pública algo más que el horror de lo vivido: la *vida* al interior del CCD no tan sólo desde lo terrorífico-inimaginable, sino desde la *cotidaneidad* misma de la desaparición (también, hasta entonces, imaginable). En palabras de las autoras: “... salir del amparo del lenguaje estructurado, del testimonio presentado ante un juez o un organismo de Derechos Humanos, para describir la vida diaria en el Campo [...]. Significa contar cómo transcurría la existencia adentro, por qué y cómo se trabajaba para sobrevivir [...]. Resistir o desmoronarse varias veces al día. Todo eso, junto o por separado. Todo eso envasado en los mismos cuerpos. [...] Y lo real es que, más allá de pequeños episodios de heroísmo o de santidad, la verdadera historia la hicieron contradictorios seres humanos” (Ibíd.: 13-14). Narrar lo vivido y pensarse, con ello, sujetos de una “normalidad” –aun en la excepción intolerable de los campos- que restituya a los sobrevivientes al lugar de lo pensable, de lo posible y no ya de la mera sospecha o de la

¹⁷ De los nueve capítulos que estructuran el texto, cinco de ellos se abocan a reflexionar sobre ella.

excepción; una narración que incluya así en el mundo real, de lo posible y lo cotidiano, el de los hombres comunes y contradictorios, a aquellos que continúan desaparecidos y a aquellos que sobrevivieron. Un traer en la memoria que *se apoya en un saber previo*, el del horror más puro, ese que emerge en los primeros relatos en la necesidad por dar sentido y dar a conocer la radicalidad de los campos. A diferencia de “Preso sin nombre...”, entonces, no existe esa intriga de lo (casi) desconocido e inimaginable del horror sino que, sobre la base de ese tipo de relato, se procura dar cuenta de otro inimaginable: el del día a día, el de cómo (sobre)vivir allí dentro. Y, como veremos, también afuera, en la (sobre)vida. En ese hilo narrativo se irá configurando, como veremos, un relato de largo plazo que aborda el antes y el después; en esa argumentación, el relato no aparecerá fragmentado ni anacrónico sino que se desarrollará a partir de una linealidad biográfica con nuevas implicancias en la conceptualización del sujeto.

Es así, entonces, que el cautiverio y la vida al interior de la ESMA cobran centralidad en el relato: los momentos inmediatamente posteriores al secuestro, el ingreso al CCD, los primeros contactos con otros detenidos, con los represores, la tortura, el desquicio de la incertidumbre, el sentirse ante una muerte posible, la sensación de derrota... El capítulo “Detenidas-desaparecidas” apunta, particularmente, a dar forma a esas primeras sensaciones y vivencias de desquicio en los primeros días de detención: el dolor irreproducible de la tortura, el terror de volver a vivirla, la tortura de los compañeros, “el tema de cantar o no cantar”, el estar engrillado, el sometimiento y la imposibilidad de decidir sobre la propia vida.

Pero también, decíamos, la remisión al cautiverio trae consigo la posibilidad de pensarse en una cotidianeidad que, aunque precaria, permite atravesar el día a día. Una cotidianeidad que, como señalan entre los capítulos 3 y 5, se encontraba poblada de incertidumbre, donde se tejían algunas relaciones con otros compañeros –que, desde el presente, serán referidas como entrañables, de hermandad- que permitían sobrellevar estar allí adentro. Una cotidianeidad que, en el caso específico de la ESMA, supuso el trabajo esclavo para algunos detenidos –y, como las autoras refieren, una posibilidad de sobrevivir-, el contacto “enloquecedor” con los represores, en un proceso de constante simulación (Ibíd.: 151). En el caso específico de las salidas a las que eran sometidas, señalan: “**Miriam:** [...] En ese momento yo tampoco entendía por qué los marinos lo hacían, lo único que sabía era que me sentía mal, que les tenía odio, que me producía asco sentarme a la mesa con ellos, que me causaba rechazo tener que fingir que estaba recuperada y que no les guardaba rencor por haber matado a la gente que yo quería.

Elisa: ¿Eso pudiste elaborarlo afuera o lo tenías en claro en ese mismo momento? Quizás en ese momento lo que sentías era un malestar indefinido.

Miriam: Era el sentimiento crudo. No sé si soportaba analizar el verdadero alcance de lo que pasaba. Me habría vuelto loca.

Elisa: Sí, sentías que en lugar de estar en ese restorán de lujo querías volver a la ESMA, al Campo de Concentración; ese era el lugar que te correspondía en tu condición de secuestrada.

Munú: Todo era mucho más claro cuando uno estaba en el Sótano o en Capucha. Uno sabía: este es tu represor y yo soy una secuestrada. Cuando te sacaban, modificaban toda la situación, te colocaban en el lugar de un par [...].

Miriam: Y teníamos que comportarnos de manera sumisa en ambas situaciones. Para mí era un examen, yo lo sentía así. Si lo reprobabas, te mandaban para arriba” (Ibíd.: 178-179).

La desaparición y cautiverio se despliegan, así, en el marco de esa “normalidad” desquiciante y aterradorante, que apuntaba a desarticular al sujeto, desdoblado, someterlo. Hasta aquí, entonces, nuevas aproximaciones a aquello que se comenzaba a delinear -desde el espacio literario- en “Preso sin nombre...”. Una aproximación a la experiencia límite, pero con y desde nuevos sentidos: desde el horror pero también desde lo cotidiano, desde el día a día de la muerte y de la vida incierta, que supone ahora no ya la soledad y la pasividad del detenido recluido sobre sí sino la posibilidad de pensarse con otros, pese a todo. Y decíamos también, fundamentalmente, desde el sentido político del exterminio y la recuperación del sujeto en su politicidad.

A las reflexiones sobre el cautiverio se adicionan, conjuntamente, dilemas y cuestionamientos viejos y presentes; la radicalidad del “adentro” persiste y se manifiesta en el “afuera”: la desaparición de los otros y la propia, la “culpa” por haber sobrevivido, la identidad resquebrajada, la propia muerte y la de los otros, los efectos presentes de lo traumático, la posibilidad de dar testimonio, entre otras cuestiones. Todas ellas consideraciones que invitan a aproximarnos a lo liminar del campo. Y también, sobre todas las cosas, a sus efectos subjetivos y sociales presentes, ineludibles. En este sentido, hay también una diferencia sustancial –que anunciábamos párrafos atrás–: la de dar cuenta de las rupturas identitarias y las reconfiguraciones de la propia vida, que ya no será la misma¹⁸. Si la intención es poner el foco en el adentro, las autoras se interpelan a sí mismas –y a los lectores- desde el presente y traen la pregunta por el sentido mismo de la vida, antes y después del campo –en el “afuera”–...: “**Elisa**: Mi estado de inconciencia era total; yo no pensaba. Creo que mi toma de conciencia ocurre después. ¡Mantuve la capucha durante años! Seguí mucho tiempo así.

Munú: Yo no sé si tengo la capucha entera, pero varios flecos seguro tengo.

Elisa: A mí me sacudió el juicio a las Juntas, hizo que empezara a quitármela. Y a la vez me di cuenta de que no me acordaba de nada, sólo conocía algunos nombres de guerra y no podía asociarlos a las personas. Después de eso vino la angustia y el preguntarme para qué estaba viva, para qué me habían dejado vivir si estaba como muerta. En ese momento empecé a creer que me había matado a mí misma, me había autodestruido. Hasta que comencé a hacer terapia y así llegué a comprender que los marinos habían destruido una parte de mí.

Munú: ¿Cómo saliste de esa situación de angustia?

Liliana: Esos golpes son de por vida. Es tal el jaque a tu identidad, que es difícil encontrar una manera de reconstruirla” (Ibíd.: 53).

“**Munú**: [...] En la ESMA yo también sentí que me mataban. La que yo era murió. Es uno de los recuerdos de sensaciones más fuertes que tengo de todo el tiempo que estuve ahí dentro: sentí la muerte. De ese punto nunca se regresa totalmente” (Ibíd.: 66). La (sobre)vida y ese plus que nos advierte sobre esa vida trastocada... Pero decíamos, también, que la ruptura profunda se articula con su contracara, aquella que remite a la posibilidad de re-armar la propia vida y/o pensarse vivas, pese a todo: “**Elisa**: Si su objetivo era destruirnos, sabían que estábamos hechos mierda. A todos nos sacaron un pedazo de vida, de alguna manera nos habían matado. ¡Si decimos que nos costó veinte años poder reunirnos...!

Munú: Veinte años para decir lo que decimos hoy, pero las denuncias fueron inmediatas; después llegó el juicio a las Juntas y la gente se enteró de lo que había pasado. Semidestruidos o como sea, algunos pudiendo hablar y otros no, pero pasó muy

¹⁸ Los capítulos 1 y 7, que abren y cierran buscan dar sentido a esas inscripciones biográficas.

poco tiempo hasta que por lo menos lo más grueso se supo. En 1979 los primeros testimonios, en 1984 la CONADEP y luego, en 1985, el juicio. Estábamos hechos mierda, pero no nos destruyeron totalmente. No creo que nos hayan dejado vivos porque ya no servíamos para nada” (Ibíd.: 97). Y esa “potencia” y/o posibilidad de (sobre)vivir pese a todo se plantea en sus múltiples modalidades, desde la heterogeneidad; cada uno, a lo largo del tiempo, ha hecho lo que pudo –como pudo- para seguir viviendo: “**Munú:** Nadie puede sacar una capucha; así como adentro tuvimos reacciones diferentes y sobrevivimos como pudimos, cuando salimos también seguimos sobreviviendo y teniendo actitudes diferentes. Unos pudieron declarar en 1979, otros en 1984, otros en 1990 y otros en 1995. Cada uno lo hizo cuando pudo, y seguramente todavía hay gente que no ha podido hacerlo o que contó de lo que sabe la décima parte, o sólo recuerda la décima parte y dentro de un año recordará más y lo contará. Me parece que siguen siendo estrategias de supervivencia.

Miriam: Hay gente que pudo declarar inmediatamente después de haber salido, otros lo hicieron unos años más tarde y ¡hay gente que todavía no ha podido!

Munú: ¡Y nadie es ni mejor ni peor!” (Ibíd.: 291).

Estas inscripciones biográficas que se enuncian no tan sólo desde la ruptura sino también desde procesos de elaboración a largo plazo y nuevos posicionamientos de sujeto, amplían la noción de “víctima” desde las dimensiones pasivas del término a otras más afirmativas de sí, que recuperan al sujeto en su potencialidad. En este punto, problemas tales como el testimonio y el encuentro con otros emergen como disparadores de nuevos procesos subjetivos que coadyuvan en ese corrimiento: “**Elisa:** (...) El juicio me abrió la cabeza, empecé a tomar conciencia de que esa no era mi vida, entonces pedí ayuda y pude empezar a vivir otra historia. Comencé a reconocer que seguía siendo víctima, que había un enemigo, un victimario. Aún hoy, estas, en parte, son sólo palabras, porque en el fondo sigo reconociendo actitudes culposas en mí. Yo pienso que para alguna gente, declarar en la CONADEP fue como un respiro. Un antes y un después. No sé si vos, Miriam, lo viviste así o ya habías podido romper antes.

Miriam: Cuando declaré en Nueva York ante la CONADEP me quedé más tranquila. A lo mejor la gente que estuvo exiliada en lugares como España o México y se mantuvo en contacto con otros sobrevivientes pudo charlar más sobre lo que le había pasado.

(...)

Liliana: Yo sentí alivio recién cuando pude hacer un testimonio y decir todo lo que sabía. Recién ahí fue cuando me liberé, cuando sentí que finalmente me había comprometido.

Elisa: a mí me pasó cuando fui a declarar al CELS, y después cuando hicimos una nota, hace como diez años, por el tema de las embarazadas, que apareció en los diarios. Necesitaba que mi nombre apareciera, empezar a conectarme con la vida a través de un testimonio” (Ibíd.: 278).

Vemos, así, que la narrativa construida en “Ese infierno” trae nuevas significaciones al modo de pensar-se y decir-se de los sobrevivientes. Desde nuevos anclajes se enuncia el cautiverio, al tiempo que el sujeto es pensado desde su politicidad, trayendo las rupturas, partiendo de ellas y yendo, también, más allá de las mismas. La experiencia de la (sobre)vida adentro y también afuera –después- del campo; una (sobre)vida que comienza a pensarse desde un nuevo nosotros, un nosotros sobreviviente. A lo largo de estas páginas, y sin pretender una lectura exhaustiva, hemos analizado entonces diferentes modos de abordar y significar la violencia vivida, modos enmarcados subjetiva y socio-históricamente. Modos de enunciación y rememoración que, en todo

caso, nos permiten pensar el carácter móvil, histórico y siempre abierto de vivir, pensar y ser sobrevivientes.

Referencias bibliográficas:

- Actis, M., Aldini, C., Gardella, L., Lewin, M., Tokar, E. (2001): *Ese Infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Calveiro, P. (2004): *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires, Editorial Colihue.
- Crenzel, E. (2008): *La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Halbwachs, M. (2004 [1950]): "Memoria colectiva y memoria individual", en *La memoria colectiva*. Zaragoza, Pressas Universitarias de Zaragoza, pp. 25 a 52.
- Jelin, E. (2002): *Los trabajos de la memoria*. Siglo Veintiuno, Buenos Aires.
- (2006): "¿Víctimas, familiares o ciudadano/as? Las luchas por la legitimidad de la palabra" en actas del II Congreso Internacional de Filosofía de la Historia, "Reescrituras de la memoria social", Colegio Nacional de Buenos Aires, octubre de 2006.
- (2006): "La narrativa personal de lo invivable", en Carnovale (et. al.), *Historia, memoria y fuentes orales*. Buenos Aires: CeDInCI.
- Lampasona, J. (2013): "Decir la crueldad: el testimonio en el proceso de salida de la 'encerrona trágica' y sus persistencias", en Actas del XXIX Congreso Latinoamericano de Sociología – ALAS 2013. Santiago de Chile, Septiembre – Octubre de 2013.
- (2013): "De memorias y sobrevida(s): la figura del sobreviviente y su representación en el cine documental argentino. Un abordaje desde y sobre el testimonio, la imagen y sus usos", en "VII Jornadas de Jóvenes Investigadores", Instituto de Investigaciones Gino Germani, Fac. de Cs. Sociales, UBA. Buenos Aires, Noviembre de 2013.
- Lavabre, Marie Claire (1998): "Maurice Halbwachs et la sociologie de la mémoire", en *Raison Présente*, 128, pp. 47-56. Versión en español: "Maurice Halbwachs y la sociología de la memoria" en *Historizar el pasado de América latina* <http://www.historizarelpasadovivo.cl>
- Longoni, A. (2007): *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*. Editorial Norma, Buenos Aires.
- Markarian, V. (2004): "De la lógica revolucionaria a las razones humanitarias: los exiliados uruguayos y las redes transnacionales de derechos humanos", en *Cuadernos del CLAEH*, No. 89, Montevideo, Uruguay.
- Laqueur, T. (1996): "Bodies, Details, and the Humanitarian Narrative", en Lynn HUNT (Ed.), *The New Cultural History*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1989, pp. 176-204.
- Oberti, Alejandra y Pittaluga, Roberto (2006). "Cine-memoria", en *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*. El cielo por asalto, Buenos Aires.
- Pollak, M. (2006): *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Ed. Al Margen.
- Strejilevich, N. (2006): *El arte de no olvidar. Literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los 80 y los 90*. Buenos Aires, Catálogos.
- Timerman, J. (1981): *Preso sin nombre, celda sin número*, Nueva York, Random Editores.

Vecchioli, V. (2001): "Políticas de la memoria y formas de clasificación social
¿Quiénes son las 'víctimas' del Terrorismo de Estado en Argentina? en *La
imposibilidad del olvido. Recorridos de la memoria en Argentina, Chile y Uruguay*,
Bruno Groppo y Patricia Flier (comps), La Plata, Al Margen, pp. 83-102.